

Indio de fealdad hermosa: Ignacio Manuel Altamirano

Por David Guerrero Flores
Investigador del INEHRM

A través del tiempo, la sociedad mexicana ha sido campo para la germinación del talento y el ingenio en sus estratos más humildes. Son la esencia de muchas vidas las palabras leídas en la apertura de sesiones del Congreso de Chilpancingo el 14 de septiembre de 1813: “Que la esclavitud se proscriba para siempre, y lo mismo la distinción de castas, quedando todos iguales, y sólo distinguirá a un americano de otro el vicio y la virtud”. Personajes sobresalientes como Benito Juárez, Porfirio Díaz e Ignacio Manuel Altamirano se elevaron por encima de sus circunstancias materiales, geográficas y de clase, en virtud de su tesón e inteligencia.

Fruto de la mezcla racial entre indios, negros y mulatos, Ignacio era un mestizo de lengua náhuatl, procedente del pueblo de Tixtla, en el actual estado de Guerrero. Nació el 13 de noviembre de 1834. Su padre se llamaba Francisco Altamirano y su madre Juana Gertrudis Basilio. Según la fe de bautismo, su nombre completo era Ignacio Homobono Serapio Altamirano Basilio. El nombre de Manuel lo tomó de su padrino Manuel Dimas Rodríguez; por último, lo abrevió en Ignacio Manuel Altamirano.

Ignacio vivió su niñez en un pueblo rodeado de verdes serranías. Los ríos, el lago y los manantiales del lugar facilitaban las cosechas de maíz, frijol, verduras, naranjas, limones, plátanos, zapotes, chirimoyas e incluso de mangos, melones y sandías. Sin embargo, el jardín florido de Tixtla compartía el espacio con la humildad de muchos de sus habitantes. Ignorante del castellano, el niño Altamirano fue alumno de primeras letras en la escuela de Cayetano de la Vega, en el barrio de Santiago, donde aprendió el catecismo y nociones de lectura, escritura y aritmética. En ello influyó el nombramiento de su padre como alcalde del pueblo. A los trece años de edad, Ignacio ya había sido ayudante de herrero y de pintor. Mas la fortuna llegó a este muchacho bajo la forma de un decreto del gobierno del Estado de México que exhortaba al envío de los alumnos con las mejores calificaciones para continuar sus estudios en la capital mexicana con el apoyo de una beca.

En mayo de 1849, don Francisco Altamirano condujo a su hijo a la ciudad de Toluca para inscribirlo en el Instituto Literario. El adolescente de 14 años de edad aprovechaba la oportunidad que a muy pocos les brindaba el Estado. Dada la pobreza de los Altamirano, el capitán Ignacio Campos les prestó dos caballos de tropa para emprender el camino de tres días de duración, de Tixtla a Toluca. Una vez en el Instituto, el joven Ignacio estuvo a punto de ser rechazado y devuelto a su pueblo porque tenía más de 12 años y no podía cubrir los 16 pesos mensuales para sus gastos como interno. No obstante, la oportuna intervención del director Sánchez Solís le permitió obtener su inscripción como pensionista. Cabe decir que las cuotas de colegiatura pocas veces fueron cubiertas por el gobierno estatal y cuando Altamirano causó baja del plantel, el 31 de julio de 1852, su adeudo sumaba 567 pesos.

Tímido cual muchacho pueblerino, pero despierto y consciente de la oportunidad que le brindaban, Ignacio se aplicó en las clases y pronto estuvo a la par de los otros alumnos y hasta llegó a desempeñarse como bibliotecario del plantel. Uno de los profesores que más influyó en su persona fue Ignacio Ramírez; al tenor de sus evocaciones, Altamirano escribió: “Ignacio Ramírez influyó en mi existencia de una manera radical, yo lo consideré siempre, no como un amigo, lo cual habría establecido entre nosotros una especie de igualdad, sino como un padre, como un maestro, ante quien me sentía penetrado de profundo respeto y de sincera sumisión”.

Al abreviar en los libros de la Ilustración francesa y en la clase estimulante de *El Nigromante*, Ignacio adoptó el liberalismo de la época con la fuerza que suelen caracterizar las convicciones de la juventud. Como una de sus primeras manifestaciones, en 1851 publicó una serie de artículos denominados “Los Papachos”, en contra de los partidarios conservadores. Sin embargo, en los vaivenes de la política, el Instituto Literario pasó a manos de los criticados “mochos”, quienes ordenaron la quema de obras de autores revolucionarios, al tiempo que conminaron a los alumnos de ideas liberales, entre ellos a Ignacio Altamirano.

Sin haber cumplido los 18 años de edad y por recomendación del empresario Luis Rovalo, el colegial Ignacio se trasladó a la Ciudad de México para estudiar Jurisprudencia en el Colegio de San Juan de Letrán. De manera temporal, sufragó su manutención con los modestos ingresos de una clase de francés. Aquella época fue difícil para todo el país, debido a la dictadura de Antonio López de Santa Anna y a los brotes de descontento que, al final, no pudieron ser contenidos.

Durante la Revolución de Ayutla, Ignacio Altamirano interrumpió sus estudios para sumarse a la rebelión. Después regresaría al plantel para presentar exámenes y revalidar materias, con una intermitencia que difícilmente le habría permitido obtener el título de abogado, de no ser por la aplicación de sus conocimientos, como efectivamente hizo en 1862.

Hacia 1856, la vivienda de Altamirano se transformó en redacción de periódico, club reformista y círculo literario. Entabló amistad con Juan Díaz Covarrubias, Manuel Mateos, Florencio María del Castillo, Alfredo Chavero y José Rivera y Río. En compañía de Manuel Flores, solía asistir a las galerías del Congreso Constituyente para escuchar las sesiones y ovacionar a los oradores en turno, como Melchor Ocampo, Francisco Zarco e Ignacio Ramírez.

En el ámbito de la vida sentimental, en cierta ocasión Altamirano atendió la invitación para pronunciar una oración cívica en el Colegio de las Vizcaínas, donde conoció a Margarita Pérez Gavilán, originaria de Tixtla y alumna del colegio. Después de intercambiar palabras y miradas, Margarita se enamoró de él, no obstante que sus amigas la reconvenían por interesarse por un hombre de rostro tan poco agraciado. Margarita e Ignacio se unieron en matrimonio eclesiástico el 5 de junio de 1859 y sólo la muerte disolvió su alianza, tres décadas después.

Hacia 1859, Altamirano escribió unos versos satíricos en contra de los conservadores, los cuales se volvieron tan populares, que el pueblo los transformó en estribillos de burla y resistencia. Junto con él, participaban Juan Díaz Covarrubias y Florencio María del Castillo. Sin embargo, los asesinatos de Díaz Covarrubias y de Manuel Mateos en Tacubaya propiciaron que los partidarios del liberalismo abandonaran la capital. Durante la Guerra de Reforma, Altamirano fue secretario, asesor militar, soldado y colaborador de *El Eco de la Reforma*. En 1861, fue electo diputado por el distrito de Acapulco al Congreso de la Unión. Allí destacó por el brillo y la fuerza de sus palabras, llenas de patriotismo y de convicción liberal, en particular durante la sesión del 10 de julio, cuando se pronunció contra la ley de amnistía para los miembros del partido conservador, recordando al efecto las muertes de los mártires de Tacubaya:

Con toda la conciencia de un hombre puro, con todo el corazón de un liberal, con la energía justiciera del representante de una nación ultrajada, levanto aquí mi voz para pedir a vuestra soberanía que repruebe el dictamen en que se propone el decreto de amnistía para el partido reaccionario...

Y pido así, porque yo juzgo que este decreto sería hoy demasiado inoportuno y altamente impolítico... Sería inoportuno, porque la clemencia, como todas las virtudes, tiene su hora. Fuera de ella no produce ningún buen resultado, o hablando con toda verdad, produce el contrario del que se deseaba. [...] La amnistía ahora no sería la palabra de perdón, no sería la caricia de la fuerza vencedora a la debilidad vencida, sería... una capitulación vergonzosa, un paracaídas, una cobardía miserable.

Altamirano fue uno de los oradores nacionales más talentosos del siglo XIX, como lo demuestran las piezas oratorias que se conservan. Sus palabras tenían fuerza, sentido moral y pasión por la circunstancia. Cuando hablaba era sincero e iba directamente al objeto de su intervención con una fluidez que conjugaba los recursos de la emoción, el elogio, el sarcasmo, la interrogación, el enojo ante las contradicciones y el regocijo por la verdad descubierta. Con palabras combatió las ideas conservadoras, las impugnaciones contra la república y las adhesiones a favor de la intervención extranjera.

En 1863, Altamirano fue reelecto como diputado y asistió a las sesiones del Congreso hasta mayo, cuando los poderes de la Unión abandonaron la capital con motivo de la intervención francesa. En seguida se sumó a las fuerzas del general Juan Álvarez y asistió a las sesiones del Congreso reunido en San Luis Potosí, donde permaneció hasta diciembre, cuando la plaza fue tomada. Regresó al estado de Guerrero y en Tixtla convocó a la resistencia contra el invasor. Dejó a salvo a su esposa Margarita y se aprestó a combatir. Con fecha 12 de octubre de 1865, desde Paso del Norte, el presidente Benito Juárez le envió su nombramiento como coronel de auxiliares del ejército.

Con el poder de sus discursos, con la palabra impresa y con las armas, Altamirano arremetió contra la intervención francesa y el imperio de Maximiliano. Estuvo bajo las órdenes del general Vicente Jiménez y formó parte de la División del Sur, encabezada por Vicente Riva Palacio. Tuvo parte en acciones militares dentro del estado de Guerrero, así como en la liberación de Ixtla, Cuernavaca, Querétaro y la Ciudad de México.

Tras la Restauración de la República, Ignacio Altamirano estableció su domicilio en la capital del país, donde se desempeñó como servidor público, maestro y literato. En enero de 1869, fundó la revista *El Renacimiento*, donde colaboraron autores como Ignacio Ramírez, Justo Sierra, Manuel Orozco y Berra, Guillermo Prieto, Manuel Acuña, José Peón Contreras, Manuel Flores y Francisco Sosa. En la presentación del primer número de la revista, Altamirano escribió: “Cesó la lucha, volvieron a encontrarse en el hogar los antiguos amigos, los hermanos y natural era que bajo el cielo sereno y hermoso de la Patria, ya libres de cuidados, volviesen a cultivar sus queridos estudios y a entonar sus cantos armoniosos”.

Ávido lector de la literatura inglesa, alemana, norteamericana e hispanoamericana, Ignacio Altamirano fue un hombre prolífico. Escribió poemas en el volumen que tituló *Rimas*, donde expresó la belleza del paisaje, la fauna y la flora del país. Como novelista, publicó *Clemencia* (1869), *Julia* (1870), *La navidad en las montañas* (1871), *Idilios y elegías. Antonia* (1872), *Idilios y elegías. Beatriz* (1873), *El Zarco* (novela póstuma, publicada en 1901) y *Atenea* (obra inconclusa, publicada en 1935). En particular, *La navidad en las montañas*, *El Zarco* y *Clemencia* forman parte del legado de la literatura mexicana. Su obra completa ha sido compilada en 20 volúmenes, bajo los rubros de obras históricas, periodismo político, textos jurídicos, escritos sobre educación, novelas, cuentos, poesía, crítica literaria, crónicas, textos costumbristas, discursos, brindis y diarios personales.

Como docente, Altamirano prodigó su amor a la literatura, a la oratoria y a la ciencia, a través de la cátedra en la Escuela Nacional Preparatoria, la Escuela de Jurisprudencia y la de Comercio. Entre sus discípulos figuran Luis González Obregón, Justo Sierra, Juan de Dios Peza, Ángel de Campo y Antonio de la Peña y Reyes, entre otros. También fue fundador de la Escuela Normal para Profesores de México, establecida en 1887.

Como hombre de ciencia y de cultura, perteneció a numerosas sociedades, entre las que sobresalen la Academia Nacional de Ciencias y Literatura, la Sociedad de Geografía y Estadística, la Sociedad de Historia Natural, la Sociedad Filarmónica, el Conservatorio Dramático, la Sociedad de Libres Pensadores y la Sociedad Mutualista de Escritores. Como abogado y funcionario, fue fiscal y magistrado de la Suprema Corte de Justicia, Procurador General de la República y Presidente interino del Poder Judicial. También se desempeñó como oficial mayor del Ministerio de Fomento, donde impulsó la creación de los Observatorios Astronómico y Meteorológico. Como ciudadano preocupado por la justicia social, fue miembro de la Sociedad de Carpinteros Hidalgo, de la Sociedad de Artesanos Balderas, López y Villanueva, de la Junta Lancasteriana y de la Sociedad de Beneficencia.

Rebosante de sabiduría y amor por México, en 1889, Ignacio Altamirano fue designado cónsul general de México en Barcelona. Al año siguiente, ocupó el cargo homólogo en París. Aprovechó su estancia en Europa para recorrer Italia en compañía de su esposa, Margarita. Juntos visitaron las ciudades de Roma, Nápoles, Florencia y Venecia.

A los 58 años de edad, la salud de don Ignacio se quebró por los estragos de la tuberculosis y falleció en San Remo, Italia, el 13 de febrero de 1893. Su última voluntad fue que su cuerpo se cremara y sus cenizas se enviaran a México. Lo anterior se cumplió y 41 años

después, en el centenario de su natalicio, la urna con sus restos mortales fue depositada en la Rotonda de los Hombres Ilustres.

Un día 13 desapareció un hombre de apariencia poco agraciada, pero de ejemplar tenacidad y fulgurante inspiración. Un día 13 nació un mestizo pobre en bienes materiales, que a la vuelta del tiempo murió con modestia, sin legar propiedades de gran valor, acorde con su rectitud de buen ciudadano. Ignacio Manuel Altamirano vivió su infancia ignorante del castellano, pero al término de su ciclo vital, legó un caudal de palabras cristalinas en lengua nacional.